

LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Domingos, Martes y Viernes de cada semana. Precio de suscripción: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 7.

IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Después de las mulas manchegas y de los naturales de Zaragoza no conozco nada más terco y testarudo que un acreedor.

Un enamorado no pone á buen seguro tanta tenacidad en la persecucion de una rebelde y desdeñosa hermosura, un pretendiente no hace tantas gestiones para obtener un empleo, un candidato no hace tantas promesas de proteccion para hacerse nombrar diputado, una coqueta no se rebulle tanto en un paseo para llamar la atencion, como lo hace un acreedor para escudriñar la madriguera de su víctima, es decir, de su deudor, y hacerle pagar la deuda.

El acreedor es para el deudor como el espectro que perseguia á Hamlet dia y noche. No hay abrigo posible contra la persecucion de un acreedor, ni escondrijo tan oculto que este infatigable cazador no le descubra al momento. Si os vé en la calle, os corre detrás; si os ocultais en un simon, escala la traserá; si queréis imitar el ejemplo del gran Pio IX cuando se fugó de Roma, y además de patillas y bigotes postizos, os calais gafas verdes, todo es inútil; vuestro acreedor os arranca los hélicos bigotes, y en un abrir y cerrar de los ojos hace en los vuestros la operacion de la catarata con mas prontitud y limpieza que el doctor Lusardi.

Si para burlar al impertinente perdiguero que os muerde las pantorrillas en todas las calles y plazas de Madrid, tomais el partido de parapetaros en vuestro domicilio, ya podeis estar seguro que tampoco allí disfrutareis de reposo. Bajo el ridículo, pesado y fastidioso pretexto de que quiere su dinero, vuestro acreedor os visitará diez y siete veces el dia. En vano encargareis á vuestros criados que le digan que no estais en casa, el imperterritito acreedor establecerá un riguroso bloqueo delante de vuestra puerta.

Al primer canto del gallo, se encaminará vuestro pirata á su puesto. En Madrid, cuando el gallo anuncia los arreboles de la aurora, solo transitan por las calles los Bórgias envenenadores de perros, los odoríficos trenes de Sabatini, las lecheras, los

urreros y el acreedor. Este último aprovecha la ocasion en que el portero tiene aun las telarañas del sueño en los ojos, y sin respeto alguno á aquello de NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, se cuela en el cuarto del deudor, donde aplica á la cerradura el oido, y un ronquido estrepitoso á guisa de *ritornello* de contrabajo, le indica de una manera formal y positiva que la liebre está en su yacija.

A la sazón es cuando empiezan las ostilidades contra la plaza sitiada. Conteniendo el sitiador sus ímpetus, llama ligeramente para no espantar al enemigo. Este no despierta hasta los veinte y cinco campanillazos, y se imagina que es el criado que le sube su acostumbrado almuerzo, reducido á un cuartillo de leche de cabra. Así es que, ávido el infeliz del lácteo y alimenticio refrigerio, lánzase de la cama, y abre la puerta sin la menor desconfianza, cuando repentinamente quédase petrificado ante la cabeza de Medusa, esto es, ante la cabeza del acreedor que se le aparece como por arte diabólico.

Entonces empieza un diálogo es estos términos: —Gracias á Dios que os encuentro una vez en casa, caballero.

—Hola! es usted, mi amigo don Fulano?... Siéntese usted sin cumplimientos, tome usted una silla....

—No es una silla lo que pido, sino mi dinero.

—Su dinero de usted... ¿Qué demonio!... precisamente hoy no tengo un cuarto; pero el lunes próximo he de cobrar una letra....

—El lunes, y hoy es martes!

—Pues martes... dia aciago... Vamos, vuelva usted á su casa tranquilo, que yo mismo le llevaré la consabida cantidad. ¿A cuánto asciende?

—A doscientos cuarenta reales... doce duros cabalitos.

—Eso es una bicoca.

—Quiere decir que va usted á pagarme.

—De buena gana lo haria... y lo haré sin falta el lunes; pero ya he dicho á usted que no tengo dinero.

—Esa no es razon admisible... Ya que usted me debe, no es justo que esté sin dinero.

—Verdad es, y usted podría remediar esta falta.

—¿Qué falta?

—La de estar yo sin dinero. Bien dicen que la amistad es grata y consoladora. Vamos á ver, amigo mio, dice usted que le debo doce duros?

—Aquí está el recibo.

—Perfectamente, pero doce duros es una cantidad extemporánea. ¿No fuera mejor que le diese á usted una onza completa?

—Si usted quiere pagarme una onza, en lugar de los doce duros, no tengo el menor inconveniente.

—Ya veo que es usted hombre de razon. Ponga usted mismo en el recibo cuatro duros mas, que yo lo firmaré. A mí lo mismo se me dá pagar doce que diez y seis.

Atónito el acreedor, sacó de su bolsillo un tintero de cuerno, y despues de reformar el recibo en los términos acordados, exclamó:

—Firme usted pues, ya que se empeña en ello. Y dijo para sí: vamos cuatro duros de ganancia por un plazo tan breve, no es mal negocio.

—Ya he firmado... Vengan los cuatro duros.

—Eh?

—Que me de usted los cuatro duros que me faltan.

—Cuatro demonios que se lo lleven á usted en cuerpo y alma. Yo entendí que los cuatro duros se fijaban por premio del plazo. De otro modo...

—¡Usurero!

—Yo usurero?

—Usted, sí señor, y para castigarle debiera yo romper ahora el recibo que tengo entre manos, y saldar así nuestras cuentas, pero soy mas honrado y generoso que usted. Déme usted los cuatro duros que faltan y el recibo volverá á sus manos.

Trémulo y confuso el acreedor titubeó largo rato; pero receloso de perder los doce duros; sacó de su bolsillo una moneda de oro isabelina y se la entregó á su deudor, con lo cual se restableció la paz y buena armonía entre los dos contrincantes.

El acreedor que habia ido por lana, se volvió trasquilado, y el deudor echó todavia un sueño con la imperturbable serenidad que suele dar la desvergüenza. Este sugeto era aquel de quien hace largos años se cuenta que un dia le preguntó un amigo suyo: ¿Cómo puedes dormir tranquilo con tantas deudas? Y él respondió: precisamente duermo yo como un lirón. Los que tienen algun motivo para no dormir son mis acreedores.

LAS BODAS DEL CABALLER.

Poesía dedicada al distingit poeta D. Joan Antoni Viedma.

Del castell de Picalqués,
al punt del seny de las ánimas,

un caballer ne sortia
que un caball negre montava.

Alforrat va lo caball,
lo caballer va de gala:
lo caball que n' es briós,
de bon pel y bona planta,
porta guarniments de seda
y ferraduras de plata.

Lo caballer, que es galan
y de orgullosa mirada,

porta roba de satí
ab llistas blancas y blavas,
un xambergó ab duas plomas,
l' una negra y l' altra blanca,
crusada la banda al pit

que brodá sa enamorada
ab una xifra amorosa

á modo de recordansa,
y brillants esperons d' or

en la bota envellutada.
Porta alegre lo vestit

perque alegre no te l' ánima,
que en Rocacorva l' espera

per esposarlo una dama,
la mes hermosa y garrida

que se coneix en la plana.

—« Camina, mon caball negre,

portam á ma enamorada;
camina, mon caball negre,

per' arriivar ans del alba! »

Cuant n' era la mitja nit
per un torrent caminava.

Véu pasar devant sos ulls
una llumaneta blanca

que sortintue de la terra

tot dret al eel se 'n pujaba.

Lo caball se li ha espantat
al caballer.

—« ¡Dèu me valga!

¡No 's diria que eixa llum

que devant ma vista passa,

n' es una ánima del cel

que se 'n torna á la sua patria? »

Y los ulls del caballer

van detras de la llum blanca

que 's balandreja en lo espay

com per las brisas gronxada,

fins que 's sumergeix del cel

entre los estels de plata.

Tot confus lo caballer

lo front doblega y abaixa:

—« Camina, mon caball negre,

portam á ma enamorada;

camina, mon caball negre,

per' arriivar ans del alba. »

Lo caball surt del torrent;

ja n' ha deixat la montaya,

y caballer y batall

caminan ja per la plana,

á la placentera llum
de una lluna hermosa y clara.

Cuant ne són aprop del riu
que á costejar comensavan,
tot soprat lo caballer
gira de prompte la cara,
que ha sentit una veueta
que per són nom lo cridava.
Sota un salzer de la riva
ne véu una forma blanca.
Lo caball se li ha espantat
al caballer.

—« ¡Dèu me valga!

¿no s' diria que eixa forma
que com una dona blanca
ne veig al peu de aquell salzer
n' es la meua enamorada? »

Lo caball se li ha parat
tot estemordit encara.

Los esperons en lo ventre
lo caballer li clava,
y al peu del salzer lo porta
lo caball de una volada.

Lo salzer está desert...
Ja ha fugit la dona blanca.

Tot confus lo caballer

lo front doblega y abaixa:

—« Camina, mon caball negre,
portam' á ma enamorada:
camina, mon caball negre,
per' arribar ans del alba. »

Ab la primer llum del dia
á Rocacorva arribaba.

Lo poble sota 'l castell
ne sembla un ramat de cabras
totas estesas als peus
del bon pastor que las guarda.
Cuan prop del poble n' arriba,
ne sent tocar las campanas.
Lo caball se li ha espantat
al caballer.

—« ¡Dèu me valga!

¿no 's diria que en eix poble
tocan á morts las campanas! »

Lo caballer veu venir
un patje que l' esperava.

Las armas de Rocacorva
en lo pit porta brodadas.

—« Dígame tu, lo bon patje,
aixis Dèu te dó sa gracia,
dígame tu lo bon patje,
¿per qui tocan las campanas? »

—« Senyor, las campanas tocan,
tocan per vostra dama,
que avny á la mitja nit
en lo castell es finada. »

Lo caballer que aixó sent
lo front doblega y abaixa,
y al fuster ne va á trobar
que fentne la caixa estava.

— Fuster, aixis Dèu vos dó
tot lo que 'us fasse més falta,
com prengau mon caball negre
ab sa sella d' or y plata

y mos richs esperons d' or
y tot mon vestit de gala,
manco la banda que un dia
me brodá ma enamorada,
que 'us ho dono de bon grat
sols perque ne feu la caixa
una miqueta més gran
perque dos cossos hi cápigan.

Victor Balaguer.

Castell de Picalqués 20 agost de 1860.

MISTERIOS DEL CORAZON.

Niña, pensativa estás,
¿en qué piensas, niña?—(En él.)
En nada, madre.—¿Y te vés?
¿Dónde vas, niña?—(¡Cruel!)
No me iré.—Mas ¿qué te aqueja?
—(¡No escribirme, ingrato!) Nada.
—Por qué no entornas la reja...?
—(Sí pasa...!) Ya está cerrada.
—¿Suspiras? (Por él.) ¿Yo...? no.
—¿Tienes afan?—No. (Desvelos.)
—¿No sé que te encuentro..! (¡Oh!!)
—¿Qué tienes..?—Yo, nada... (Celos!)

No hay miedo que se deslice
aunque afan experimente,
pues no siente lo que dice
y no dice lo que siente.

Por meterse á Redentor.

Cuentan las crónicas que al entrar un quidan
en cierta callejuela, vió dos hombres que reñian
furiosamente sacudiéndose cada trancazo que va-
lia un imperio.

Nuestro hombre, que era amigo de la paz, lan-
zóse entre los combatientes con ánimo de sepa-
rarlos, pero caten ustedes que sin saber cómo, le
largan un palo que le abren la mollera como si
fuera una sandia.

Inmediatamente fué trasladado á un hospital
medio muerto, y cuando volvió en su conocimien-
to, vió que un médico le andaba tentando en la
cabeza.

—¿Qué busca usted, doctor? preguntó con voz
doliente.

—Hombre, estoy buscando los sesos y no los
encuentro.

—¿Qué ha de encontrar usted, hombre de Dios!
¿Usted cree que si yo tuviera sesos me hubiera
metido en lo que no me importa?

PENSAMIENTOS.

La ejecutoria de nobleza de los hombres de ta-
lento, es su propio nombre, que se vé escrito en

en rancios y carcomidos pergaminos sino en las cubiertas de los libros, en los anuncios de las esquinas, en todas partes.

La honradez, es una especie de vehículo grande y pesado, que solo puede circular por el estrecho camino de la virtud.

Los gobernantes de todos los paises, cuando hacen las leyes, tejen casi siempre los cordeles con que despues han de ser maniatados.

Todo gobierno que legisle en favor de las oposiciones que le combaten, hace su propia causa. Tal es la inestabilidad de las cosas humanas.

¡DO! ¡RE!

En Paris hay seis teatros de ópera, cuarenta y seis cafés en donde se canta, cinco salas en las que ya de noche ó de dia se dan conciertos de canto, veinte y dos salas de espectáculos para conciertos de orquesta y sesenta salas de bailes públicos. Añádese á esto de ocho ó diez mil orfeonistas, cuatrocientas ó quinientas casas particulares en donde todas las noches el entretenimiento principal es la música, y resultará que en París viven del producto del arte, sobre poco mas ó menos, veinte mil cantores é instrumentistas sin contar los pianistas, que segun asegura el maestro Auber forman una armada de treinta mil, es decir, sesenta mil manos que pasean las teclas de los pianos de Paris desde el primero del año hasta el 31 de diciembre.

ALIBÍ.

Dicen que allá en el tiempo en que los habia, al pasar de ronda por una calle, un alguacil mayor observé á tres ó cuatro hombres que sacaban de una casa baules, ropas y otros enseres.

—¿Dónde llevais eso?—les preguntó.

—Señor,—le contestaron,—se ha muerto el dueño de la casa, y lo llevamos á la de un amigo.

—¿Pues cómo no se oye llorar?

—Mañana llorarán, le replicaron.

Efectivamente; al volver por allí al otro dia oyó llorar á unas mujeres, lamentándose de que las habian robado en la noche anterior.

DICHOSOS LOS MANOS.

Maridos hay todavía—en este siglo del fósforo—que mas que para varones—han nacido para monos.—Yo conozco un tal D. Félix—que por muger tiene un oso,—tan inútil como vana—y tan vana como un globo,—que todo el dia le anda cantándole en este tono:—Felix, átame las botas—acércame los periódicos—deja esa silla á mamá—y limpia

al niño los mocos;—oye, Félix, dí á la chica—que no quiero el caldo gordo—y luego pon la tumbilla—y despues átame el gorro;—pero antes entra al canario—aparta esa luz un poco—acerca mas el brasero—y acuesta de paso al loro.—Y el buen Félix obedece—mas paciente que un acólito—y da vueltas al guisado—y de comer á los pollos—y cuida de la cocina—y hace botas si hay mondongo,—y si un boton se le cae,—tiene que ponerse el otro,—en tanto que su mujer—inútil mueble de adorno,—se está mano sobre mano—como una reina en su trono—y de la cama á la mesa—y de la mesa al jolgorio,—va pasando asi la vida—á costa del pobre prójimo—que en la calle suda pez y en casa pimienta royo—para ver de mantener—á semejante hipopótamo.

Diálogo á oscuras.

Sereno. ¿sabe V. qué hora es?

—Ahora voy á cantar: «las oooooéé... iáááá... uúúú...»

—Quedamos enterados.

A practicarlo.

Un autor aleman propone las siguientes distracciones inocentes y que procuran placer.

Por un instante. Beber, teniendo sed, agua fresca.

Por unos minutos. Contemplar una pintura famosa, ó un caballo que no sea propio.

Por un cuarto de hora. Comer un manjar que agrade.

Por una ó dos horas. Asistir á un brillante espectáculo. Escuchar una buena orquesta. Hacer una visita á una mujer joven y discreta. Leer un buen libro. Abandonarse á ideas gratas recostado sobre flores á orillas de una cristalina fuente contemplando el hermoso cielo.

Por una tarde. Pasarla en compañía de pocos, pero verdaderos amigos ó de damas hermosas y sin pretensiones.

Por un dia. Ejecutar una buena accion por la mañana y repetir otra por la tarde.

Por la semana. Asistir á la boda de un buen amigo.

Por seis meses. Recoger las propias cosechas, comprar ó edificar en el campo una habitacion agradable.

Por un año. Casarse con una mujer á quien se ame.

Por toda la vida. Practicar la virtud, gozar con moderacion y vivir siempre ocupado.

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.